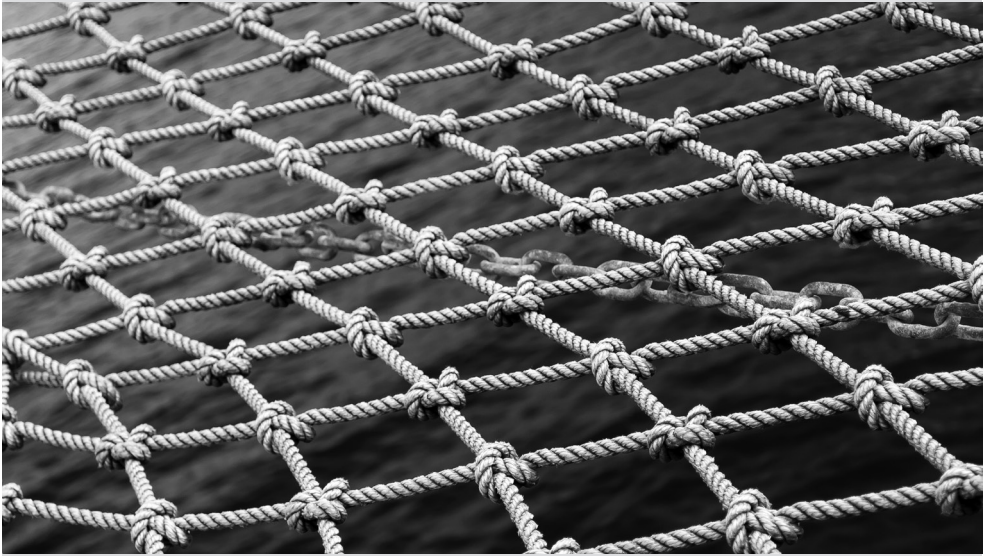


**Lo efímero siempre efímero.
Señora Moda-Señora Muerte**
Tertulias psicoanalíticas regionales del Cono Sur

*María Luisa Azócar García | María Teresa Casté Crovetto
María del Rosario Oyenard | Carlos Título*



MARÍA LUISA AZÓCAR GARCÍA

Psicóloga
Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA)
mlazocar@hotmail.com

MARÍA TERESA CASTÉ CROVETTO

Psicóloga
Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA)
mteresa.caste@gmail.com

MARÍA DEL ROSARIO OYENARD

Médica Psiquiatra
Miembro habilitante de AUDEPP
royalco@adinet.com.uy

CARLOS TÍTULO

Lic. en Psicología
Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología
de la Infancia y la Adolescencia (ASAPPIA)
catitolo2004@yahoo.com

RESUMEN

Situaciones o conductas de riesgo protagonizadas por adolescentes y jóvenes, generalmente varones, que ponen en peligro su vida.

En este trabajo, fruto del intercambio de un grupo de psicoanalistas de tres países, pretendemos interrogarnos sobre estas conductas de riesgo, observadas repetitivamente en nuestros tres países, que desarrollan tanto adolescentes como adultos jóvenes y que, al parecer, tienen como objetivo el darles la sensación de «estar vivos». Sin embargo, estas conductas muchas veces tienen como consecuencia la muerte. En estos procesos lo efímero, desechable y riesgoso de la vida parecen estar al servicio de des-contactar el sin sentido y la vulnerabilidad a la que estamos expuestos en una sociedad donde los lazos vinculares son débiles y también efímeros. El tema será abordado desde distintas perspectivas incluyendo la clínica. Lo efímero siempre efímero es como una espiral de efímeros instantes que no permiten dolerse ni tampoco arraigarse.

Palabras clave: conductas de riesgo, jóvenes, efímero, muerte.

ABSTRACT

Situations or risk behaviors by teenagers and young people, usually men, who put their lives in danger.

In this paper, as the result of the exchange among a group of psychoanalysts of three South American countries we wonder about these risk behaviors, repeatedly observed in our three countries, which are shown by teens and young adults, and that apparently aim to give them the feeling of «being alive». However, these behaviors often have resulted in death. These processes show that for them the ephemeral, disposable and risky events of life seem to be at the service of their lack of contact, their failure to find meaningful senses and the vulnerability to which we are exposed in a society where relational ties are weak and also ephemeral.

The topic will be approached from different perspectives including the clinic. The ephemeral always ephemeral is like a spiral of ephemeral instants that allow neither to feel unhappy nor to grow roots anywhere.

Key words: conducts of risk, young, ephemeral, death.



*La mode est la méthode la plus irrésistible et
la plus efficace de manipuler
de grandes collectivités humaines.*

Karl Lorenz (1973)¹

Las fronteras son para los estados, los mapas, no para las personas. Este trabajo es fruto de las conversaciones de un grupo de psicoanalistas de tres países que se ha encontrado, aprovechando diferentes actividades de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psiconanalítica y Psicoanálisis (FLAPPSIP). Encuentros por excelencia de intercambio y comunicación, donde lo presencial ha ido afianzando lazos que luego dieron lugar al gusto de encontrarse.

Así surgen estas líneas a partir de la observación en la cotidianidad urbana de situaciones o conductas que también atraviesan las fronteras oficiales. Situaciones o conductas protagonizadas por adolescentes y jóvenes, generalmente varones, que ponen en riesgo su vida.

Estas riesgosas actividades juveniles nos han llevado a interrogarnos sobre los procesos de las patologías sociales subyacentes. En estos procesos en los que lo efímero, desechable y riesgoso de la vida parecen estar al servicio de des-contactar el sin sentido y la vulnerabilidad a la que estamos expuestos en una sociedad donde los lazos vinculares son débiles, también efímeros ¿serán débiles a causa de la misma efimeridad?

Compartimos lo expresado por Christine Buci Gluksmann (2003, p. 17):

si la señora moda y la señora muerte no han dejado de flirtear en los extremos del tiempo —lo frívolo y lo mortal—, es efectivamente porque la superstición de un nuevo siempre nuevo disimula otra experiencia mucho más dolorosa: la travesía de la muerte próxima anónima individual o colectiva.

Nos interrogamos cómo esta aceleración del tiempo, este desenraizamiento, oculta el límite extremo de lo efímero que es la muerte. Este punto tiene relación con lo social precario y sin proyecto individual ni colectivo, entre lo globalizado y lo vincular sin estabilidad, donde se hace patente la fragilidad de las relaciones tanto laborales, familiares, como amorosas (incluyendo la amistad).

A partir del marco urbano en que transcurren las existencias de sus habitantes, con sus vivencias trascendentes y hechos banales, en ese paisaje de la cotidianidad irrumpen otros hechos, violentos, cargados de muerte, que en dolor se vuelven noticia.

Hemos recogido algunas noticias que dan cuenta de los hechos que nos preocupan:

¹ Etólogo, premio Nobel de Fisiología y Medicina, 1973.

En noviembre de 2010 en un diario de Santiago se lee esta noticia:

Dos parapentistas que ingresaron sin permiso al edificio en construcción del complejo Costanera Center —actualmente el más alto del país sobre los 200 metros—, y que saltaron al vacío y grabaron su «hazaña» para subirla a internet.

Julio M. y Guillaume B., chileno y francés con 19 y 12 años de trayectoria como parapentistas, respectivamente, saltaron desde una altura de 180 metros luego de, según su propia versión, escalar y esquivar por cerca de una hora y media los controles de los nocheros del edificio, hasta llegar al piso 47 de la estructura.

El incidente costó el despido de un equipo de guardias y otros trabajadores que se encontraban de turno, y que no advirtieron la presencia de los arriesgados deportistas, ni pudieron evitar su salto.

Alrededor de la misma fecha tomamos del periódico *Clarín* de Buenos Aires:

Murieron tres chicos por correr una «ruleta rusa» con motos. Tenían 16, 19 y 22 años. Iban a oscuras, recostados boca abajo, sin casco y se cruzaban en un juego fatal. Se sabía que iba a pasar una desgracia.

Y finalmente sucedió: tres muchachos se mataron y otros dos sufrieron heridas, cuando cinco de las siete motocicletas que participaban de una picada chocaron entre sí, en la madrugada de ayer, cerca del autódromo local. Corrían a oscuras, recostados boca abajo y sin casco, en la modalidad llamada «ruleta rusa».

Alejandro Vi. (22) y César T. (19) murieron en el acto. Renzo B. (16) falleció a los pocos minutos de llegar al Hospital Zonal.

Matías F. (17) sufrió cortes leves en la cara, brazos y piernas, y fue dado de alta al mediodía. Alberto P. (16) está internado en terapia intensiva a causa de un hematoma cerebral, y su estado es grave. Otros dos jóvenes resultaron ilesos.

La tragedia conmocionó a la ciudad. Por la tarde, los vecinos acompañaron masivamente a las tres familias hasta el cementerio local. En cada cortejo fúnebre hubo más de cincuenta motonetas, ciclomotores y motocicletas, ya que es un medio de transporte habitual en la ciudad, donde hay numerosos negocios y talleres.

Donde ocurrió el choque múltiple es una zona descampada, a unas veinte cuadras del centro. Los motoqueros habían estado en la fiesta de promoción que todos los años comparten los chicos que terminaron el secundario, pero el ritual nocturno los hizo dejar la confitería una hora antes de medianoche e ir a la avenida oscura. El intendente y la Policía «habían intentado dos veces antes del accidente estar en la zona y dispersarlos, pero a las 2 de la mañana lograron correr en ese lugar».

El acceso (a la avenida) no está iluminado; hay una sola luz en la puerta del autódromo —relató Agustín, sobreviviente de la picada—. Como no hay luz, no nos vimos. Y bueno, en el encontronazo, dos esquivamos, y los otros, lamentablemente chocaron.

La picada se hizo en la modalidad que llaman «ruleta rusa»: primero arrancaron tres motos, y pocos instantes después largaron otras cuatro motos, desde unos mil metros más atrás, pero hacia la misma meta; la consigna era alcanzarla y volver al punto de partida, con las luces apagadas, sin casco y acostados boca abajo. Al salir el segundo grupo, se topó con los primeros motociclistas, que volvían a toda velocidad.

Ayer a la medianoche, los 30 a 40 muchachos que corrían picadas volvieron a montar sus motos, pero esta vez para ir con velas hasta el cementerio.

En otras ciudades del interior de Uruguay, la modalidad de la «ruleta rusa motoquera» es cruzar la ruta nacional en moto, sin casco y con los ojos vendados.

Así murieron los amigos de Carina. Ella está furiosa con sus amigos muertos, uno de ellos fue su «saliente» el verano pasado. Su mamá también está furiosa. Dice que la culpa es de las fábricas de motos y de los vendedores. Son muy baratas, todos pueden comprarlas. «Estos mercenarios se llenan de plata a costa de la vida de nuestros hijos». En Buenos Aires se venden 1.200 motos por día.

Mientras tanto en Montevideo durante el mes de enero hubo un operativo de control de tránsito en barrios populares realizado durante cuatro días por la Intendencia de Montevideo (IM) con el apoyo de la Jefatura de Policía de Montevideo, dedicado a prevenir y castigar las picadas en barrios de la capital, terminó con cifras récord de multas y detenciones. Las estadísticas muestran que de cada 10 accidentes, ocho son protagonizados por motos. Según informó ayer la IM, durante un reciente operativo realizado entre el 19 y el 22 de enero de 2011, se aplicaron 788 multas por picadas, donde estuvieron involucradas sobre todo motos. El alto nivel de alcohol en sangre estuvo presente en las infracciones (42 casos), pero en general se repitieron faltas como velocidad excesiva (113 casos), conducir sin licencia (187 casos) o falta de casco (162). Algunas teorías, como la que elaboró la Unidad Nacional de Seguridad Vial (UNASEV), sostienen que el problema tiene un trasfondo psicológico por el comportamiento de los infractores.

Estas noticias no terminan, en estos días nos enteramos de una nueva moda de estas prácticas riesgosas, en esta ocasión en Australia con amplia repercusión en Internet. No sabemos si ha llegado a estas latitudes.

Sydney. Un joven de 20 años murió al caer desde el balcón de un séptimo piso en un edificio de Brisbane, Australia, mientras practicaba el planking, según informó la policía del estado de Queensland.

El planking —que ha adquirido popularidad gracias a internet— consiste en acostarse boca abajo en lugares inusuales y muchas veces peligrosos, por ejemplo, la baranda de un balcón mientras un amigo lo fotografía.

La idea es documentar la hazaña para luego publicarla en las redes sociales.

En la página de «Planking Australia» en facebook —que tiene casi 90.000 aficionados— pueden verse fotografías de jóvenes acostados boca bajo, simulando una mesa de planchar, en chimeneas, puentes peatonales, bordes de escaleras y hasta en camellos.

La importancia de la hazaña se valora según el peligro que muestre la foto publicada. Por ello, algunas de las imágenes que representan más riesgo son catalogadas como el «Plank de la semana», o del mes por el sitio web, cuyo lema es «plankea o muere».

A partir de la lectura de estas noticias y bajo el impacto que nos producen surgen varias preguntas, las que no pretendemos responder exhaustivamente sino dar lugar a la apertura para la reflexión.

¿Qué papel juega la estructura de nuestras sociedades en las conductas descritas? ¿Corresponden estas a lo que denomina Freud patologías narcisistas? ¿Podríamos decir que son ahistóricas? ¿Son equiparables con las de los caballeros que partían a las Cruzadas con el propósito de difundir la fe y de acabar con los infieles con los jóvenes que aparecen en las noticias aquí presentadas?, ¿y esas otras noticias de estos días en que a través de las redes sociales los jóvenes del Magreb convocan a terminar con regímenes totalitarios en busca de mayor igualdad? Lo que busca el piloto suicida, o el hombre o mujer que lleva la carga explosiva amarrada a su cuerpo y que saben que irremediablemente morirán, ¿es acaso lo mismo que se busca en los deportes extremos de todo tipo?

Las acciones de los sujetos que provocan nuestra inquietud parecieran tener un matiz cualitativamente distinto: se puede morir como se puede no morir. Pareciera que lo que guía estas conductas es establecer una suerte de desafío omnipotente a la muerte. En este desafío pareciera querer negarse la caducidad de la vida, aunque ambas actividades comparten el desinvertir la conciencia. Para realizar determinadas acciones que ponen en peligro la vida es necesario que la conciencia que registra diferencias, es decir, cualidades como las impresiones sensoriales o los afectos, esté desinvertida o no constituida. Este hecho se relaciona con la omnipotencia ligada a la desmentida en consecuencia no hay casi diferencias entre yo y ello. Predomina el delirio de grandeza y es el cuerpo quien está en primer plano. Habría varias corrientes psíquicas: una es la desinvertidura de la conciencia originaria, por ejemplo, los boxeadores para soportar los golpes tienen que desinvertir la conciencia y no sienten el dolor, la otra es la desmentida en relación a la muerte personal. Winnicott diría que ya estuvieran muertos, el sentimiento de vida que sintieron fue efímero. Cuando se tapan los ojos, como decíamos, es como desinvertir la conciencia, no hay que registrar nada y es ese momento de adrenalina que los hace sentir algo de vida, ese momento de riesgo es vida, solo

unos segundos dirigidos por la pulsión de muerte. Tal vez también un llamado a la sociedad diciéndole «por favor sáquense la venda de los ojos ustedes, la sociedad, no hagan lo mismo que nosotros».

Estamos en un mundo que podría desaparecer en segundos o minutos, las armas que hemos creado lo confirman. Sociedades que invitan al desenfreno, a la pulsión en el sentido más tóxico de ella y no a la conciencia, al yo real definitivo que tiene como objetivo la seguridad del individuo, el respeto por el otro y a un Superyo que tiene los valores que permiten que nos muramos haciendo el rodeo más largo para llegar a la muerte. El llamado a lo pulsional es lo opuesto al llamado desesperado de los jóvenes en sus raids mortíferos, estas conductas son llamados a una sociedad que va del atentado al accidente, atentado a la conciencia, a la pérdida de ella, y solo se despierta cuando se encuentra con la realidad de los golpes o del atentado o accidente provocado por ellos. Lo efímero no incluye la vida, es la expresión de la pulsión de muerte, como diría Freud en las epilepsias es pura pulsión de muerte, el azar es el que los mantiene con vida. No es un desafío, es un llamado y a la vez el encuentro con la muerte como forma de dejar en claro que la sociedad copia a la familia en el sentido que algunos de estos jóvenes no tuvieron lugar en la mente de los padres, han sido desahuciados. La defensa que acompaña a esta vivencia de sentirse desahuciados es la desmentida de los afectos junto con el desinvestmento de la conciencia que ya no percibe.

En este efímero siempre efímero está implícita una cierta concepción sobre el sí mismo y sobre el otro que se vive como una mercancía sin mayor valor y siempre renovable.

Si nos detenemos a pensar en cómo el sistema social y económico imperante se compromete con los llamados ciudadanos en una cada vez más precaria solidaridad, y en cómo se instala en el escenario de la vida de cada uno de nosotros, y si pensamos, al mismo tiempo, que las Instituciones, cuya tarea ha sido históricamente sostener el entramado social, son menos confiables, se develan la corrupción e incluso la perversión, como es el caso de la Iglesia Católica, podríamos remarcar que lo efímero se constituye en norma y en moda.

Al decir de K. Lorenz (1973) es gracias a la manipulación de la moda que se produce una cierta industria que busca fomentar

... este deseo de satisfacción inmediata, creando necesidades y produciendo «objetos-inmediatamente-obsoletos» (*built-in-obsolescence*).

(...) La intolerancia a la pena, que no cesa de aumentar en nuestros días, transforma los altos y los bajos naturales de la vida humana en una planicie artificialmente nivelada. Y esta tendencia engendra un aburrimiento mortal.

Con la impresionante aceleración en que se desarrollan y renuevan los procesos tecnológicos e informáticos logramos el confort, llegamos a la inmediatez, los deseos se satisfacen fácilmente, para sacudir el

letargo se hacen necesarias emociones siempre nuevas, siempre más intensas, desear lo que va más allá de la norma (drogas, perversiones, violencia, jugar con la muerte).

No queremos desconocer que estas circunstancias han estado también presentes en otros momentos de la historia, pero al mirar a nuestro alrededor y ver la vitrina dentro de la cual nos movemos y de la cual somos parte aun sin saberlo (las cámaras nos filman, nuestros datos más personales pueden estar en cualquier lugar incluso en los más inimaginables), si miramos la vitrina, decimos, en que todo se ofrece, rutila, seduce y violenta en un constante llamado a una renovación infinita, ¿no podríamos acaso pensar que esta época, que sigue a un siglo particularmente sangriento, representa la incapacidad de sostenernos sin tener que recurrir a diferentes formas de adicción? Podríamos postular que la conducta de riesgo es una adicción, ¿un algo que embota el sentido de la vida haciéndola más vivible, más soportable? Algunos jóvenes que cruzan los semáforos con luz roja cuentan que no sintieron nada mientras atravesaban a toda velocidad las bocacalles y solo tienen en sus oídos los alaridos de placer que lanzaban luego de sorteado el peligro.

En este trabajo, fruto del intercambio de un grupo de psicoanalistas de tres países, pretendemos interrogarnos sobre estas conductas de riesgo, observadas repetitivamente en nuestros tres países, que desarrollan tanto adolescentes como adultos jóvenes y que, al parecer, tienen como objetivo darles la sensación de «estar vivos». Sin embargo, estas conductas muchas veces tienen como consecuencia la muerte.

Las picadas, los deportes extremos, el planking, ¿son juegos? Cuando se pierde la capacidad de jugar («el juego es una elaboración imaginativa en torno de las funciones corporales relacionada con los objetos y la angustia» (Winnicott, D., 1989)) surge con brutalidad lo pulsional, en una expresividad máxima y en estado puro que necesita descarga motora sin medir la destrucción de objetos y de sí. Tal como aparece en los juegos violentos, en las acrobacias y en los sujetos que ocupan nuestro interés.

Dice Winnicott (1971)

El bebé aprende muy pronto a hacer un pronóstico... [cuando] la predictibilidad es precaria... obliga al bebé a esforzarse hasta el límite de su capacidad de previsión de acontecimientos. Ella provoca una amenaza de caos y el niño organiza su retirada o no mira, salvo para percibir, a manera de defensa...

En estos jóvenes se observa la falta de predicibilidad de los acontecimientos respecto a lo que puede acontecerles a ellos y a sus próximos, y a los otros.

Por otra parte, nos preguntamos sobre los procesos de las patologías sociales subyacentes. En estos procesos en los que lo efímero, desechable y riesgoso de la vida parecen estar al servicio de des-con-

tactar el sin sentido y la vulnerabilidad a la que estamos expuestos en una sociedad donde los lazos vinculares son débiles y también efímeros. El tema será abordado desde distintas perspectivas incluyendo la clínica.

En un sentido más estrictamente freudiano estamos haciendo referencia a una patología narcisista en la que destaca la omnipotencia que se enfrenta a la muerte como si se tuvieran las mismas armas. ¿O estos sujetos creerán posible torcerle la mano a lo que en gran medida nos constituye como humanos: la propia finitud y el dolor e impotencia que significa reconocerla?

Al banalizar la muerte, unido a la violencia con la que se plasma, se niega la pérdida, se niega el tiempo, pues hay una permanente instantaneidad. Lo efímero siempre efímero es como una espiral de efímeros instantes que no permiten dolerse ni tampoco arraigarse.

En las enormes ciudades, con grandes concentraciones de población nómada, multirracial y multicultural viven jóvenes que se parecen más a los jóvenes de otros países que a sus propios conciudadanos. Es como si esas megapolis se tragaran la historicidad: no conocen el «guiso» de sus abuelos pero comparten comer en Mc Donald's.

Paul Virilio plantea en su texto *Ciudad pánico* (2006) que la sociedad actual vive bajo la amenaza permanente del atentado o del accidente. Las conductas de riesgo podríamos pensarlas como el desafío a esta amenaza que constituye una oferta social traumática: cómo hacer frente a lo que de todas maneras vendrá. ¿Se puede historizar si se está enfrentado a lo traumático de modo permanente? ¿Qué hacer con la inminencia de la muerte en el día a día? ¿Será entonces que la única opción que quede sea la vivencia de lo constantemente efímero aunque esto constituya un contrasentido?, ¿será una forma de rebelión contra la amenaza urbana?

Lo efímero lo podemos pensar como lo opuesto a proyectos, al futuro que incluye pasado y presente, es decir, historia, sujetos que invisten su conciencia para pensar, sentir y saber que algún día moriremos porque hemos vivido.

Bibliografía

- Buci Gluksmann, C. (2003). *Estética de lo efímero*. Madrid, Arena Libros.
- Lorenz, K. Z. (1973). *Los ocho pecados capitales de nuestra civilización humanizada*. Madrid, Ediciones Plaza y Janes.
- Virilio, P., (2006) *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Winnicott, W. (1989). *Exploraciones psicoanalíticas*. Buenos Aires, Paidós.
- (1971), *Realidad y juego*. Barcelona, Ed. Gedisa.